

El éxodo silencioso

M.ª Eugenia Gómez Sierra, MSM

1. Introducción

Cuando oímos la expresión: «Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré» (Gen 12,1) viene a nuestra memoria la historia de un hombre fiel, Abrahán, al que reconocemos como el padre de la fe. Alguien que dio un «sí» permanente a la llamada de Dios.

Esta revelación provoca en nosotros una alegría interior y un regocijo con el que nos sentimos identificados, pero ¿qué ocurre con nuestros jóvenes que durante un tiempo han compartido con nosotros esa fe y ahora parece que invierten el versículo y se quedan solamente con la expresión: «Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre» sin descubrir la belleza de la promesa que Dios nos hace? ¿Cuáles son las razones por las que el abatimiento y el cansancio los lleva a dejar la fe y su compromiso con la Iglesia?

Realmente, nadie conoce con certeza la respuesta a estas preguntas que provocan en los creyentes tantos desvelos. Pero quizás sí sería bueno reflexionar sobre posibles causas o comportamientos que suscitan en los jóvenes sentimientos de crítica y rechazo al seguimiento de Jesucristo y al vínculo filial con la Iglesia.

Con gran atrevimiento por mi parte me he permitido interrogar a bastantes universitarios, de los cuales extraeré algún testimonio para la siguiente reflexión¹. En mi contacto con ellos, después de largas conversaciones, he llegado a algunas conclusiones que considero personales y que me atrevo, con temor, a plantear en estas líneas, sin que esto tenga mayor valor que mi deseo de ponerlo en común con otros.

¹ La reproducción de estos testimonios ha sido autorizada por los autores.

2. La incertidumbre de la identidad madura

El discurso de los jóvenes críticos o decepcionados con la religión se apoya, frecuentemente, en ciertos tópicos que tienen que ver con la indemostrabilidad de la experiencia religiosa y la aceptación del misterio. Al joven le cuesta creer que Dios pueda irrumpir en nuestra vida sin más, gratuita y amorosamente, a él le gusta comprobarlo y saberlo todo, sin dar cabida a alguien que parece escaparse de sus manos, por eso abandona la práctica religiosa². «La principal (razón³) es que al fin y al cabo la religión y la existencia de Dios es algo que no se puede contrastar y verificar que sea real, ya que no hay ningún método para comprobarlo y solo quedaría la fe como pilar que sostiene la creencia, lo cual es algo complicado de conseguir». El joven busca certezas y no las encuentra, no comprende la respuesta de Jesús a quien le pregunta: «Maestro, ¿dónde moras?» (Jn 1,35).

En los diálogos juveniles es común oírles decir que de pequeños fueron engañados por sus familias, sus profesores, sus catequistas y sus educadores, pero que ya son demasiado mayores para creerse estos cuentos⁴. Como testimonia una joven universitaria diciendo: «Porque mucha gente considera muchas de las cosas que cuenta la Iglesia algo imposible y con el uso de la razón al crecer comienza a verlo como una mentira».

Ingenuamente consideran que las creencias infantiles no necesitan un proceso de maduración como otros aspectos de la vida y las desechan por considerarlas un límite en su desarrollo personal, incluso después de años de participación en la vida eclesial.

² M. E. GÓMEZ, *Adolescencia, espacio para la fe* (PPC, Madrid 2014) 54.

³ El término «razón» es nuestro, no lo incluye el autor.

⁴ *Ibid.*, 54. En este momento «el tópico de la transmisión de las creencias desde el seno familiar y de la vivencia de la práctica religiosa por imposición entra con frecuencia en crisis en esos momentos evolutivos. [...] La mayoría está convencida de que la creencia no tiene que determinar ni las actitudes ni mucho menos el comportamiento religioso, simplemente la creencia es el resultado lógico de su actividad intelectual, que explica y da seguridad a su mundo en caos».

La aparición del pensamiento lógico les ha abierto un mundo nuevo lleno de horizontes por surcar, en el que el mar de «lo religioso» parece no tener cabida. Sus olas suenan a infantilismo, a dependencia e imposición, por eso, prefieren quedarse en la arena sin mojarse, a pesar de que su interioridad reclama con fuerza un puerto seguro donde recalar.

Abrir el pensamiento al mundo de lo *posible* además de lo real⁵, implica vivir de una manera distinta a la de las etapas anteriores. Ahora las relaciones interpersonales ya no son siempre seguras y de protección, sino que pueden implicar un riesgo, una exposición ante lo desconocido, que exige una apuesta y una elección como es el caso de la fe.

Configurar la nueva identidad personal supone descubrir la vida como una vocación, una llamada a la que hay que responder con un sentido⁶, a veces, contrario al que se ha venido viviendo con anterioridad. El deseo de cambio y el ansia por la independencia puede llevar a romper con lo heredado sin que paralelamente se dé una pregunta por el significado de la presencia de Dios en la propia vida.

La crisis de identidad no conlleva necesariamente una crisis de fe, sobre todo cuando existe una experiencia religiosa profunda y el joven ha llegado a descubrir el valor del amor de Dios en su vida. La llamada de Dios espera una respuesta personal que supone reconocer y acoger la grandeza del amor de Dios en nuestro «yo» y el carácter liberador que conlleva su seguimiento. Un encuentro cara a cara con la mirada de Jesús, en cuyo rostro resplandece la misericordia del Padre, para que se ilumine y plenifique las raíces del propio ser.

El joven actual, inyectado con el virus del consumismo, el individualismo y el utilitarismo de la sociedad en la que ha nacido, se pregunta para qué sirve Dios en su vida, qué le puede aportar en esa dura

⁵ *Ibid.*, 28.

⁶ F. TORRALBA, *La inteligencia espiritual* (Plataforma Editorial, Barcelona 42011) 79: «La búsqueda de sentido no es un producto de la cultura, ni un fenómeno artificial. Emerge de lo hondo del ser, como una necesidad primaria, como una pulsión fundamental».

tarea que lleva a cabo para construir su identidad. Desafortunadamente, su respuesta, en clave de utilidad material, encuentra el vacío y la nada, lo que lo lleva a desentenderse o, incluso, a oponerse a la existencia de Dios. «Por otro lado, la sociedad es muy individualista y la religión, entre otras cosas, consiste en la entrega a los demás, sin esperar ningún beneficio a cambio, y puede que mucha gente no esté dispuesta a ello».

Si la pregunta por la utilidad de Dios se responde con un conjunto de «noes» lo que aparece es el desánimo y el rechazo, porque creer, aparentemente, no ofrece ninguna ventaja frente al no creer y la práctica religiosa se convierte en una pérdida de tiempo y energía. Muchas veces lo que ocurre es que falta la luz para apreciar la fuerza invisible de la gracia y el tesoro inimaginable de la comunión con Dios. Dios no es la autoridad que prohíbe, que vigila y castiga, como creen ellos, sino el Padre amoroso que protege con su sombra cada paso de nuestra historia.

Por otra parte, encontramos otra dificultad referida al contexto cultural consumista⁷ en el que se mueven los jóvenes y al que aún no hemos dado respuesta en la Iglesia. El joven cree que la felicidad se encuentra en la posesión de cosas, muchas cosas, cada vez más cosas, sin las cuales es imposible la vida. Sin embargo, el seguimiento de Jesucristo invita a lo contrario, al despojamiento de cosas vanas y superficiales para ir abandonándose lentamente en los brazos de Dios. El «vende todo lo que tienes y dalo a los pobres y luego ven y sígueme» (Lc 18,22) se presenta como una montaña gigante a la que no es tan fácil enfrentarse.

En definitiva, podemos decir que parte de las situaciones dolorosas de abandono de la Iglesia que se producen entre nuestros jóvenes podrían explicarse por causas culturales que han ensombrecido la naturaleza humana y han hecho de ella algo que no es real y a lo que no hemos tenido el valor de enfrentarnos. Provocan escalofríos comentarios del estilo de: «Además, la Iglesia como institución ha establecido

⁷ F. TORRALBA, *Inteligencia espiritual en los niños* (Plataforma Editorial, Barcelona 2012) 98.

prohibiciones o limitaciones a los seres humanos que no les permiten formar parte de ellos como es el colectivo LGTBI, los cuales no son bien recibidos».

Sin embargo, creemos que existen razones más profundas que deberían interpelarnos *ad intra* en la comunidad eclesial, en las que vamos a detenernos a continuación.

3. La tradición

Al mirar hacia atrás sorprende como la historia de la Iglesia nos habla de su gran capacidad para adaptarse a la realidad a lo largo de los siglos, así como, de su sabiduría para anunciar la belleza del Evangelio a todo tipo de personas. Basta recordar la proeza de los catecismos indígenas, o los pórticos de las catedrales para comprender cómo cada momento histórico tuvo su respuesta para acercar la fe.

La multitud de formas, lenguajes y estrategias que han surgido con el tiempo nos hablan de la vivacidad del Espíritu y de su presencia entre los hombres para que la fe fuera transmitida de generación en generación.

Entonces, ¿es que nos ha abandonado ahora el Espíritu? Ciertamente no⁸. Él permanece entre nosotros y nos impulsa, con fuerza, a continuar con nuestra misión, pero contando con la realidad en la que vivimos. La fuerza de la buena noticia no ha decrecido en estos tiempos, a pesar de que muchos niños y jóvenes encuentran realmente razones para rechazar la tradición.

⁸ La evangelización es la tarea y misión esencial de la Iglesia. La Iglesia dejaría de serlo si no evangelizara. A lo largo de la historia, ella ha venido cumpliendo esa tarea. Para ello, con el dinamismo de la encarnación de Jesús, se inserta en la historia de la humanidad y en cada uno de los pueblos para anunciar así el Evangelio del Señor. La Iglesia, pues, vive para evangelizar.

A lo largo de la historia, con diversos métodos y formas de acción, la misma Iglesia ha ido adaptándose para rendir al ciento por uno en esa misión. Lo hace, ciertamente, con la luz del Espíritu Santo, quien es el protagonista principal de la misión. En los tiempos recientes, se habla de una *nueva evangelización*. Esto no significa que haya un cambio esencial en la misión y en el contenido de esta. San Juan Pablo II le da las características a esa nueva evangelización cuando afirmó que se trataba de «nueva en métodos, nueva en expresiones y nueva en ardor». en: https://www.celam.org/cebitepal/detalle_t.php?id=69

Algunos jóvenes consideran la tradición como una imposición y no alcanzan a ver la riqueza que tiene en sí. «Creo que desde que somos pequeños nos ha impuesto mucho el tema de la religión, la fe y todo lo que tiene que ver con ello. En muchas ocasiones lo veíamos como una obligación más que como algo que podemos disfrutar y aprender, por lo cual, en cuanto teníamos la oportunidad de alejarnos de ello lo hacíamos».

No ven en la tradición la presencia y la acción del Espíritu sino un conjunto de costumbres, normas y tradiciones que les resultan obsoletas y antiguas. «Considero que, a día de hoy, los jóvenes se alejan de la fe porque hay muchos aspectos sociales o incluso ideas que piensan que se quedan alejados de la “sociedad” que se está formando día a día». «Los jóvenes no van a la Iglesia porque se ha quedado anticuada. La Iglesia se ha convertido en un lugar lúgubre donde solo van ancianos». Piensan que la Iglesia ha de adaptarse a los tiempos y cambiar esos comportamientos para hacerse más acorde con sus gustos y sus necesidades. Algunos han vivido experiencias de imposición en el ámbito familiar y se han resistido a hacer propio eso que consideraban «manías» de los más cercanos.

A la gran mayoría le ha faltado la comprensión del verdadero significado de los símbolos y los ritos sagrados que realizamos, a pesar de haber sido educada en centros católicos, y como consecuencia no ha logrado nunca disfrutar de la ternura de la relación con Jesucristo.

Muchas veces los jóvenes han sido instruidos en la fe desde un procedimiento meramente intelectual o afectivo, sin que se los haya puesto en contacto con el misterio, sin que se haya producido nunca una experiencia religiosa, ni tan siquiera, sin que hayan gozado de participar en la comunidad eclesial con autenticidad. Sus vivencias religiosas no han pasado de unos ratos en los que se compartían buenas relaciones personales.

Nos permitimos reproducir literalmente un texto de una joven universitaria para que se pueda apreciar la opinión que expresa y la desafección con la que habla al considerar en tercera persona la experiencia que ella misma ha vivido durante muchos años en el seno eclesial:

Creo que una de las razones de que una persona se aparte de la fe y de la Iglesia es porque tienen su fe en modo «automático». En un colegio católico como el mío puede que recen la oración de por la mañana como si recitasen una poesía, y que hagan lo mismo con la oración de por la tarde. Tienen los rezos y el hecho de creer en Dios tan automatizado como caminar, lo hacen casi sin pensar y «porque toca», por lo que al salir del colegio se alejan de su fe, porque yo no hay nada externo ni interno que los empuja a creer o rezar.

Ha faltado el encuentro con Dios, no se ha reconocido en él a quien nos ofrece la salvación y da sentido pleno y último a nuestra vida y, como consecuencia, no se ha dado verdaderamente un seguimiento.

¿Es lo mismo la formación religiosa que la transmisión de la fe? ¿Son suficientes los saberes para seguir a Jesucristo? Realmente no y de esto se quejan con dureza y resentimiento algunos jóvenes. «Al final una Iglesia que no quiere ni intenta llegar a los jóvenes, que no se muestra como un lugar lleno de gozo e ilusión, que no se actualiza y que, en definitiva, busca hacer lo mismo de siempre sin ningún tipo de muestra de interés no es atractiva». Es el testimonio vivo y auténtico el que hace creíble en los jóvenes la verdad de lo que se anuncia. Es la alegría contagiosa del Resucitado hecha vida en cada uno de los cristianos lo que se contagia y lo que lleva a preguntarse ¿qué tiene él que a mí me falta?

¿Será entonces que no dejamos transparentar suficientemente la luz que recibimos cada día en la oración y en nuestra participación en la vida sacramental? En parte sí y en parte no. El «sí» puede estar asociado a las prisas y la lista interminable de tareas que nos abruman haciendo pensar, a los que nos contemplan desde fuera, que ser cristiano es, a veces, una misión titánica a la que ellos no quieren enfrentarse. Interpela en lo profundo de nuestro ser eclesial la respuesta hiriente de una joven en la que se denuncia el afán desordenado por la tarea apostólica: «No quiero ser como mi padre, corriendo siempre y sirviendo a todo el mundo como si él fuera Dios. A mí no me gusta el esfuerzo».

Por el contrario, el «no» puede explicarse por la ausencia de silencio y calma en la vida de los más jóvenes. El ritmo trepidante de la vida y

los deseos insaciables de hacerlo todo, de tenerlo todo y de conocerlo todo dificultan muchas veces las condiciones para que se despierte en la persona el ansia de Dios.

En la sociedad de las prisas falta la calma para valorar experiencias como la del profeta Elías huyendo de la persecución de Jezabel. Cuando, impulsado por Dios, Elías se esconde en una cueva y ve el terremoto, el huracán, el fuego, Dios no está en ninguno de ellos. Después del fuego hubo «un ruido como el de una brisa suave» y en la calma y el silencio Elías encuentra a Dios y se cubre el rostro con el manto. El profeta sale al encuentro de Dios y él le habla (cf. 1 Re 19,9-18). El texto hebreo dice literalmente que Elías oyó «el ruido o la voz de un silencio (*demama*) suave».

¿Ofrecemos a los jóvenes oportunidades para este tipo de experiencias de encuentro con ellos mismos y con los deseos profundos de su corazón? ¿O más bien nos acosa el miedo y la incertidumbre, porque pensamos que los jóvenes no van a responder a este tipo de iniciativas? Dios habla con nitidez en el silencio ofreciendo su suave compañía y espera pacientemente el reconocimiento de su voz por parte del hombre para seguirlo.

Los jóvenes, muchas veces, buscan con fuerza y energía el sentido, pero les falta la serenidad suficiente como para reconocer lo profundo, lo verdadero, por eso no les resulta fácil el encuentro con Dios. Se deslumbran con el resplandor de la primera perla que encuentran, sin tener paciencia suficiente para descubrir el diamante que se encuentra un poco más allá, necesitan la belleza, pero se confunden con lo bonito⁹.

Les asusta el silencio, porque temen lo desconocido y, sobre todo, porque tienen un miedo espantoso a la soledad, a pesar de que en el fondo la mayoría de las veces viven solos aun estando rodeados de mucha gente. La sociedad del ruido en la que han crecido llenos de estímulos desde que vieron la luz los ha adormecido para mirar en lo profundo y su oído del alma está desacostumbrado a oír el murmullo del amor divino.

⁹ G. MOURÉ, *El síndrome de Mozart* (SM, Madrid 2003) 34.

Sin embargo, es posible que el joven se desprenda de su móvil, de su tablet y de cientos de cosas que le aturden para darse la vuelta y mirar hacia su origen descubriendo un lazo invisible con su creador.

4. El problema del mal

Los adultos hablamos alegremente de las supuestas maldades de la juventud actual sin caer en la cuenta de que no es lo mismo hablar desde la tranquilidad que hacerlo desde el dolor. En las generaciones anteriores se han vivido sufrimientos y horrores que produjeron heridas, pero que fueron cicatrizando al calor de las familias. Hoy en día muchos niños viven desde la herida y el llanto contenido situaciones de separación, de abusos, de incompreensión y de miseria y buscando consuelo se preguntan dónde está Dios.

Las heridas humanas abiertas y sangrantes buscan siempre un culpable sobre el cual cargar el sufrimiento y el dolor, si no lo encuentran en la tierra buscan más arriba. Alexis Carrel afirmaba, en su célebre frase, que la persona humana, «es a la vez mármol y escultor», por eso necesita darse razones frente a las heridas hechas con su propio cincel.

Es cierto que el ser humano posee la capacidad de sufrir y de hacerlo con significado, pero es incapaz de hacerlo sin Dios. Cuando Dios ha sido apartado de la realidad cotidiana se sufre con crudeza los envites del sufrimiento en una proporción casi inversa al placer disfrutado. La furia del mal es aún más visible cuando se pasa la vida buscando el disfrute permanente¹⁰. Ahí tenemos una buena razón para que el joven abandone la Iglesia. La Iglesia anuncia un significado redentor del sufrimiento y guarda silencio ante el misterio que encierra, pero el joven que vive, en general, una vida de placer exige razones explícitas porque le resulta incomprensible el silencio como respuesta. Por eso se

¹⁰ «De esta manera ese mundo de sufrimiento, que en definitiva tiene su sujeto en cada hombre, parece transformarse en nuestra época —quizá más que en cualquier otro momento— en un particular “sufrimiento del mundo”; del mundo que ha sido transformado, como nunca antes, por el progreso realizado por el hombre y que, a la vez, está en peligro más que nunca, a causa de los errores y culpas del hombre» (SD 8).

pregunta: «¿Cómo es posible que les pasen cosas tan malas a personas tan buenas?». Su lectura de la realidad no se fija en el misterio sino en el mérito, siendo desconcertante el hecho de que al bueno le toque sufrir como ocurría en los primeros tiempos del Antiguo Testamento.

Hoy en día el joven se sigue preguntando por el significado de la muerte del inocente y se le hace incomprensible que Dios omnipotente y omnisciente sea incapaz de frenar el dolor y el sufrimiento humano. El joven no entiende de la síntesis divina que aproxima la trascendencia a la inmanencia, le parece incompatible la existencia de Dios, un Dios que te quiere y que, en expresión suya, «permite» que nos pasen cosas malas.

Juan Pablo II, en la encíclica *Salvifici doloris* presenta el sufrimiento como una experiencia profundamente humana, a través de la cual es posible irradiar al mundo el amor. La justificación a este argumento es que el sufrimiento ajeno exige de cada uno el don desinteresado del propio «yo en favor del otro»¹¹. Este misterio es bello, pero no evidente, sino que requiere de un amplio camino educativo que, a veces, nos ha faltado en nuestros procesos catequéticos.

Ni los niños ni los jóvenes han sido educados para comprender la verdad oculta que se encierra en el dolor. A ellos les cuesta bastante salir de sí en servicio de los otros, salvo cuando el otro es conocido o está vinculado a él con los lazos de la amistad. Y a nosotros ¿acaso no nos cuesta acompañarlos en este recorrido del misterio que muestra nuestra debilidad?

¹¹ JUAN PABLO II, *Salvifici doloris* (1984) 29. «Siguiendo la parábola evangélica, se podría decir que el sufrimiento, que bajo tantas formas diversas está presente en el mundo humano, está también presente para irradiar el amor al hombre, precisamente ese desinteresado don del propio “yo” en favor de los demás hombres, de los hombres que sufren. Podría decirse que el mundo del sufrimiento humano invoca sin pausa otro mundo: el del amor humano; y aquel amor desinteresado, que brota en su corazón y en sus obras, el hombre lo debe de algún modo al sufrimiento. No puede el hombre “prójimo” pasar con desinterés ante el sufrimiento ajeno, en nombre de la fundamental solidaridad humana; y mucho menos en nombre del amor al prójimo. Debe “pararse”, “conmoverse”, actuando como el samaritano de la parábola evangélica. La parábola en sí expresa una verdad profundamente cristiana, pero a la vez tan universalmente humana. No sin razón, aun en el lenguaje habitual se llama obra “de buen samaritano” toda actividad en favor de los hombres que sufren y de todos los necesitados de ayuda».

La respuesta cristiana a ¿qué es el mal y de dónde viene?, es bien distinta de la que dan otras tradiciones culturales y religiosas, en las que se cree que la existencia es un mal del cual hay que liberarse. En nuestra cosmovisión es necesario aceptar algo que a los jóvenes les desconcierta, que la existencia, sea como sea, y lo que existe son un bien que no contradice la bondad del Creador y el bien de las criaturas.

Sin embargo, hay momentos en los que sostener esta creencia se hace difícil, como, por ejemplo, cuando una madre pierde a su hijo pequeño o un niño ve morir a sus padres en un accidente, porque estos acontecimientos reclaman un salto en el vacío para fiarse del amor infinito de Dios.

El ser humano sufre a causa del mal, que es una cierta falta, limitación o distorsión del bien. Sufre a causa de un bien del que él no participa, del cual es en cierto modo excluido o del que él mismo se ha privado (SD 7). Así pues, en el concepto cristiano la realidad del sufrimiento se explica por medio del mal que está siempre referido, de algún modo, a un bien. La compañía y la cercanía de los adultos han de ayudar a los que avanzan por un camino de madurez a comprender esos momentos de ausencia como un acontecimiento al que dar un sentido.

Los jóvenes no han sido formados en el sentido misterioso del dolor y del sufrimiento en ningún momento de su vida, aunque sus experiencias estén llenas de amargura no han logrado descubrir que el sufrimiento pertenece a la trascendencia del hombre, como afirmaba Juan Pablo II en su encíclica *Salvifici doloris* (SD 2). Nadie los ha introducido en la certeza de que el hombre está llamado a superarse a sí mismo misteriosamente precisamente en el sufrimiento. Nadie lo ha hecho desde el acompañamiento sencillo y a la vez profundo que implica el estar simplemente a su lado sin dar razones sino presencia.

5. Pertener desde la fragilidad

Muchos jóvenes que han sido creyentes practicantes no se sintieron en la Iglesia como en casa, aún más, no la sintieron como una

madre¹². Ese malestar los llevó a abandonarla, quizás porque, en realidad, su proceso formativo de iniciación cristiana no les otorgó un sentido verdadero de pertenencia. En ella no encontraron esa característica tan propia de la madre que no es solo la de dar la luz, sino la de ofrecer ternura y cuidado a lo largo de la vida para que el hijo no se hiera nunca y siempre se sienta seguro y acompañado. Muchas veces ha faltado el vínculo materno-filial que sirve de asidero seguro al que agarrarse en los tiempos de tempestad.

Cuando se habla con estos jóvenes se escucha con pena que «la Iglesia es en realidad de los sacerdotes, los obispos y las monjas» como si se tratara de una organización donde cada uno desempeña un trabajo y en el que no hay sitio para que ellos hagan nada, les suena a propiedad ajena a la que no pertenecen. Hablan con frialdad de una comunidad a la que encuentran como responsable de muchos males que han escuchado por los medios de comunicación y que ni siquiera se han molestado en enjuiciar con serenidad. Son víctimas de una manipulación intencionada y responsables pasivos de haberse dejado manipular por comodidad.

Los desaciertos de la Iglesia son presentados con exageración y aborrecimiento, lo que provoca en ellos tal rechazo que desean abandonarla sin más. No desean ser identificados con abusos ni malas costumbres, pero huyendo despavoridos no son capaces de pensar con objetividad en la verdad. Cuando dejan la Iglesia no sienten la orfandad de una familia que hace tiempo los acogió en su seno compartiendo el mismo Padre y la misma madre.

Muchas veces, esos muchachos no han llegado a descubrir ni la responsabilidad de su compromiso bautismal ni el verdadero sentido de comunidad, su pertenencia ha sido simplemente un rito de inserción social que no ha dejado huella en su personalidad. Aunque es cierto que como cualquier bautizado estuvieron implicados en la

¹² FRANCISCO, «La Iglesia es femenina porque es “iglesia”, “esposa”: es femenina y es madre, da a luz». Es, por tanto «esposa y madre», en *L'Osservatore Romano* (21-05-2018, ed. sem. en lengua española, n. 24, viernes, 15 de junio de 2018).

construcción, cuidado y embellecimiento de la Iglesia y que recibieron la nueva tarea (*munus*) de hacer presente en el mundo el reino de Dios, no siempre fueron conscientes de ello, a veces, ni siquiera se les enseñó.

La misión que recibieron en el bautismo quedó oculta, en secreto, o bien, porque se sintieron débiles para llevarla a cabo, o bien, porque sintieron que los que la llevaban a cabo lo hacían con tanto protagonismo personal que ellos no tenían nada que aportar.

Son muchos los que hablan de la decepción provocada por el comportamiento de creyentes. También son bastantes los críticos con esa soberbia oculta que hace de la Iglesia un «terreno» con nombre propio y no precisamente el nombre de Jesús. Estas denuncias, no siempre bien fundadas, nos deben hacer pensar en la necesidad de un cambio creativo para vivir no como fósiles del pasado sino como evangelizadores que abren brecha¹³ y saben implicar a todos los que llegan en la misión del anuncio del amor de Dios.

No siempre es verdad que los jóvenes abandonan la religión por el mal ejemplo de otros cristianos, pero no deja de ser comprometido el hecho de que nuestro ejemplo no solo no sea un imán que atrae a otros porque muestra la luz radiante de Cristo, sino que desanima o desalienta a otros en su camino hacia Dios.

¹³ «¿Cuáles son las características del celo evangélico verdadero según Pablo? Para esto, me parece útil el texto que hemos escuchado al inicio, una lista de “armas” que el apóstol indica para la batalla espiritual. Entre estas está la prontitud para propagar el Evangelio, traducida por algunos como “celo” —esta persona es un celante en el llevar adelante estas ideas, estas cosas—, e indicada como un “calzado”. ¿Por qué? ¿Por qué el impulso por el Evangelio está vinculado a lo que se pone en los pies? Esta metáfora hace referencia a un texto del profeta Isaías, que dice así: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia salvación, que dice a Sion: “Ya reina tu Dios!”» (52,7).

También aquí encontramos la referencia a los pies de un anunciador de buenas noticias. ¿Por qué? Porque quien va a anunciar debe moverse, ¡debe caminar! Pero notamos también que Pablo, en ese texto, habla del calzado como parte de una armadura, según la analogía del equipamiento de un soldado que va a la batalla: en los combates era fundamental tener estabilidad de apoyo, para evitar las insidias del terreno, porque a menudo el adversario llenaba de trampas en el campo de batalla, y para tener la fuerza necesaria para correr y moverse en la dirección adecuada. Por esto, el calzado es para correr y evitar todas estas cosas del adversario», FRANCISCO, *Audiencia general* (12-4-2023).

6. Conclusión

Son muchas y muy profundas las razones que llevan a ciertos jóvenes a abandonar la fe después de haber permanecido insertos en la vida de la comunidad cristiana. No es fácil analizar las causas, pero sí lo es observar las consecuencias. Cuando los jóvenes se separan de Dios empobrecen su vida y dejan de gozar de la fuente de la gracia y a nosotros, los creyentes, nos toca mostrar la fuerza de la esperanza.

Valgan para concluir estos versos de Charles Péguy en los que se nos recuerda que hemos de vivir acogiendo con renovada ilusión esa juventud que encontrará en la Iglesia la ternura de una madre fiel:

Mi pequeña esperanza
es la que se duerme todas las noches,
en su cama de niña, después de rezar sus oraciones,
y la que todas las mañanas se despierta
y se levanta y reza sus oraciones con una mirada nueva.

Yo soy, dice Dios, Señor de las Tres Virtudes.

[...]

Y mi pequeña esperanza no es nada más
que esa pequeña promesa de brote
que se anuncia justo al principio de abril.

(C. PÉGUY, *La pequeña esperanza*).